

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO *Correo de Paris*, por la Condesa de Almaviva.—*El grano de Jenave*, por D.^a Angela Grassi.—*En el Buen Retiro* (poesía), por D. A. P. Rioja.—*La ciencia del corazon* (continuacion), por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—*LÁMINAS: Figurin*, núm. 810.—*Grabado de Labores*, núm. 47.

CORREO DE PARÍS.



UÁN alegre es para los corazones jóvenes la voz vibrante de las campanas que nos anuncia la Pascua Florida! El alma renace á nueva vida por medio de la gracia, y la naturaleza que se rejuvenece en estos días al primer soplo de la brisa nos ofrece sus mas frescas y preciadas flores.

Pero las campanas de un pais extranjero no tienen á nuestro oido un sonido tan grato y significativo como las de la patria. Estas hablan nuestro idioma, y para cada una tienen un recuerdo. Para unas es el día de su primera comunión; para otras el de su casamiento, el del bautismo de su hijo; para las mas el de los funerales de una madre querida.

Nada de esto dicen á mi corazon las campanas de Ntra. Sra. de París; los ecos del Sena no son tan gratos, tan sonoros á mi oido como los del Guadalquivir, cuyas deliciosas márgenes, mi querida Aurora, no olvidará jamás tu Rosina.

La vida de París tiene sus encantos, pero una española echa de menos en ella la naturalidad de nuestras costumbres; hasta la devoción es aquí diferente, y las buenas parisienses, en cuyo círculo vivo, han repartido las horas en los días de la pasada cuaresma entre lo sagrado y lo profano.

Ordinariamente se levantan tarde: se desayunan en seguida y salen á misa. Es preciso dar á Dios lo que es de Dios. Despues es muy saludable pasear un poco, y al regresar á casa no puede descuidarse el dar una vuelta por casa de la modista para que no

olvide el traje ó el prendido que se ha de lucir aquella noche en el baile ó en el teatro. Así se come con apetito, porque no están ya en moda los semblantes descoloridos y románticos. Desde la mesa se pasa al tocador para vestirse é ir á una reunion, de la que se vuelve al amanecer.

Esta ha sido poco mas ó menos la vida de las parisienses mundanas en el mes de Marzo.

Nada te diré de los elocuentes oradores que han explicado la palabra divina en los días de cuaresma: no la es dado á la pluma de la errante golondrina que vive lejos de su país amado el remontarse tan alto; pero no la está vedado el hablarte del paseo de Longchamps, donde la Moda renace todos los años.

Longchamps ha sido descrito ya diferentes veces en el CORREO DE LA MODA; pero sus lectoras siempre ven con gusto alguna nueva página dedicada á la deidad á quien rinden culto.

El nombre de Longchamps evoca á nuestros ojos todos los caprichos de la Moda, todas las vanidades de la comedia humana.

La naturaleza, siempre bella en su sencillez y su uniformidad nos devuelve en estos días las mismas flores que ostentó en otros años á los primeros rayos del sol de Primavera; pero las mujeres, mas coquetas que la naturaleza, solo pensamos en sustituir con nuevos adornos los que han perdido el encanto de la novedad.

Y mientras que el pueblo de París, que dá verdaderas muestras de su espíritu religioso en los días de la Semana Santa, visita los templos, y escucha

con ánimo contrito las Lamentaciones del Profeta, que entonan las voces puras de las vírgenes del Señor, ó los niños de coro de blonda y rizada cabellera, las damas del gran mundo acuden á los Campos Eliseos en magníficos carruajes á hacer ostentación de un lujo desenfrenado; y sastres y sombrereros, modistas y costureras, esperan con ansia estos tres días, en los que en el paseo de Longchamps se proclama la Moda nueva.

Un antiguo molino de viento, algunos restos de muros ruinosos, y una granja situada á la estremidad del bosque de Boloña, sobre la orilla derecha del Sena, y no muy lejos del pueblecito de Suresne, en medio de estensos campos y vastas praderas, es todo lo que hoy queda de la Real Abadía de Longchamps, fundada en el siglo XIII por Isabel de Francia, hermana de Luis IX. El convento se instaló bajo la advocación de la *Humildad de Nuestra Señora*, pero el pueblo de París le llamó Longchamps á causa de la grande extensión de campo que tenía que atravesar para llegar á él.

Otras princesas siguieron el ejemplo de la fundadora, y acabaron sus días en aquel asilo del retiro y la penitencia, pero con el tiempo la regla se relajó, y las religiosas no se distinguieron por la austeridad de sus costumbres.

En tiempo de Luis XIV las damas de la corte se preparaban á la solemnidad de la Pascua, asistiendo en esta Abadía á las funciones de Semana Santa, oficiadas por las religiosas. Célebres cantatrices renunciaron al teatro y se consagraron á Dios en este monasterio. Los parisienses de ambos sexos acudian en tropel á Longchamps con el pretexto devoto de oír las Lamentaciones entonadas por aquellas voces seráficas, pero en realidad á satisfacer los hombres su curiosidad, las señoras su coquetería.

El recinto sagrado no bastaba á contener el gentío que se agolpaba á sus puertas, y se diseminaba por el paseo, viniendo á convertirse con el tiempo esta romería religiosa en una fiesta de la Moda. A tal punto llegó el necio orgullo de algunos, que se presentaban en magníficos equipajes, cuyas ruedas eran de plata, y de oro macizo las herraduras de sus briosos caballos. Fué preciso poner término á tanto escándalo, y el Arzobispo de París prohibió á las monjas cantar las Lamentaciones con música.

La Revolución cortó por lo sano destruyendo el monasterio en 1792. A la caída de los *terroristas* se restableció la costumbre del paseo en las mismas tardes, aunque faltaba el motivo, y los *increíbles* se presentaron con el pelo cortado á lo *Tito*, y las *maravillosas* vestidas y peinadas á la *griega*.

Longchamps decayó durante el Consulado y el Imperio, volviendo á recobrar su boga con la Restauración y la Monarquía de Julio, en cuyo tiempo la clase media adoptó las costumbres de la aristocracia, porque aunque las formas políticas y la manera de ser de la sociedad varíen, la debilidad humana siempre es la misma.

Hoy día el paseo termina en el Arco de triunfo de la Estrella, y esta costumbre que solo la sostiene la coquetería vendrá á caer en desuso.

Nada perderá en ello la buena sociedad de París. Longchamps no recuerda mas que una época licenciosa y liviana, y un lujo escandaloso; para ostentarle no se necesita hoy un sitio y un punto dados; todos los días son de fiesta.

En resumen, mi querida Aurora, nada te digo de la Moda nueva, tal como se ha presentado en Longchamps, pero recibirás los apuntes por separado para que los utilices en tus Revistas.

LA CONDESA DE ALMANIVA.

INSTRUCCION.

EL GRANO DE JENABE.

Un hombre, dice Jesucristo en una de sus parábolas divinas, había plantado en su campo un grano de jenabe, que es la mas pequeña de todas las simientes; pero hé aquí que, en el tiempo de la florecencia brotó de la tierra un arbolillo, que se fué elevando por encima de las plantas y las legumbres, estendió por todas partes sus largas y frondosas ramas, y por fin se hizo un árbol tan grande y tan pomposo, que los pájaros del cielo vinieron á hacer el nido en su ramaje.

El grano de jenabe es el símbolo de la humildad cristiana, que cuanto mas se esconde mas se enaltece y brilla.

Destrozaban el naciente imperio de la Rusia las guerras intestinas, y sus habitantes no sabían qué hacer de la corona moscovita, ofrecida y despreciada por todos los Reyes circunvecinos.

Muchos de ellos deseaban un Príncipe extranjero, como menos susceptible de inclinarse á favor de tal ó cual familia, y otros, celosos de la gloria de su nación, pedían un Príncipe del país.

En medio de las alteraciones producidas por la diversidad de pareceres, habló alguno de Miguel Teodorowitz, miembro de la anterior familia real, joven de diez y siete

años, educado con sumo esmero por su piadosa madre. Los señores rusos que le conocían, se lo pintaban á los demas como capaz por sus grandes prendas de restituir al imperio su antiguo esplendor, pero la junta gubernativa quiso verle y juzgar por si misma.

En su consecuencia, enviaron un emisario á la madre, que vivia retirada en una pequeña aldea, pidiéndola á su hijo.

Imposible es comprender la zozobra y el terror que se apoderaron de la infeliz al recibir el mensaje, pues creía que su adorado Miguel iba á sufrir la misma suerte de los últimos Emperadores, depuestos y asesinados por sus turbulentos vasallos; pero el animoso jóven le alentó diciendo: Que supuesto que su patria le llamaba, él no debía negarse á sus instancias.

Por fortuna, Miguel, que era bello y esforzado, agradó á la Asamblea: solamente algunos pusieron por óbice sus cortos años; pero la mayor parte exclamó con entusiasmo: *Dios que le ha escogido le asistirá.*

Y Dios le asistió en efecto.

Su primera providencia fué llamar á su padre, que habia envejecido en el destierro, y en medio de largas é inculcables desdichas, y se impuso á sí mismo la ley de gobernarse tan solo por sus consejos y los de su santa madre.

El espectáculo de su piedad filial, llevada al mas alto grado, le ganó el corazon de sus vasallos, cansados de las cínicas perversidades de sus antecesores, y pronto el ejemplo de sus virtudes magnánimas y sencillas regeneró á aquel pueblo semi-salvaje, dulcificando sus costumbres.

Entonces todos clamaron por un heredero, que fuese digno de él, y le instaron vivamente para que eligiese esposa. Varios Príncipes de Asia y de Europa se apresuraron á ofrecerle la mano de sus hijas, y no hubo dama en la corte que no hiciese ostentacion de su hermosura y sus riquezas, con la esperanza de agradarle.

Pero á Miguel le decían sin cesar sus buenos padres:

—No elijas á la mas bella, no elijas á la mas poderosa; elije á la mas buena, aunque sea de condicion humilde.

Preocupado andaba con esto el jóven, cuando formó el propósito de dejar á Dios la eleccion, de la cual dependia la dicha futura de su vida.

Habia en los alrededores de Moscow un agreste y escondido valle cercado de riscos, en cuyo centro se hallaba una capillita dedicada á Jesus crucificado, que era objeto de la mas alta devocion de parte de los fieles.

—Iré á postrarme delante de la milagrosa efie, se dijo á sí mismo, y luego obedeceré al primer impulso de mi alma.

Fué al romper el alba de una alegre mañana de primavera, que salió el jóven, solo y disfrazado, de la capital del imperio moscovita, siguiendo con ligera planta el curso del Neva, y era cerca del anochecer cuando llegó á la ermita.

Entró, rezó con fervor, y tanto tiempo pasó entregado á la oracion, que al salir vió con espanto que era casi de noche.

No podia ya volver á Moscow, y era preciso que buscase un asilo en aquel sitio.

El valle estaba desierto; pero habia advertido que en la capilla habia muchos ramos de flores recién cogidas, y dando la vuelta al edificio, vió efectivamente no muy lejos de allí á un anciano que estaba arando. Dirigióse hácia él y le manifestó su deseo.

—El huésped es un enviado de Dios, respondió el labrador, nuestra casa sirve de albergue á todos los que vienen á rezar ante la imagen milagrosa confiada á nuestra custodia, y mi hija Eudisia tiene siempre preparadas sabrosas tartas, amasadas por ella misma con este fin, y las ofrece de muy buen grado á los viajeros, juntamente con la leche de sus cabras. Esperad: voy á desuncir el arado, y os conduciré á mi humilde choza.

Miguel, rendido de fatiga, se sentó sobre un ribazo.

—Venís de Moscow? prosiguió el anciano; buenas nuevas, no es verdad? El actual Emperador hace la dicha de la Rusia, y mi hija y yo le bendicimos noche y día!

Con este motivo hablaron de los negocios públicos, y Miguel vió con asombro que su interlocutor tenia sumo entendimiento y vastísima instruccion.

Instándole con sus repetidas preguntas, supo que era un caballero principal, que se habia refugiado allí para sustraerse á las conmociones populares, y que restablecido el orden, no habia querido abandonar aquel sitio, en donde habia hallado la paz y la ventura.

—Y sabe vuestra hija á quién debe el sér? preguntó Miguel, sabe que podría brillar en otra esfera?

—Lo sabe, dijo el labrador, y sin embargo modesta, humilde, inocente, no anhela trasponer el círculo de estos montes. La basta para ser feliz mi amor, la caridad que ejerce con todos los que lloran, y cifra sus delicias en adornar de flores la imagen de Jesus crucificado, en cultivar las flores que crecen sobre el sepulcro de su madre, en sus cabritas, en sus aves, en su frondoso huerto.

Aun no habia acabado de hablar el anciano, cuando llegaron hasta ellos los ecos de una voz dulcísima, que llamaba una por una á sus cabritas, distinguiéndolas entresí con los nombres mas poéticos; y pronto salió de entre la cercana enramada una jovencilla, bella como la luna, resplandeciente como el sol.

Venia rodeada de las cabritas, que triscaban en torno suyo, y acercándose al anciano, sin reparar en Miguel, le enjugó el sudor con un blanco lienzo, riñéndole amorosamente porque aun no habia dejado su trabajo.

—Los viejos gustan de hablar, respondió el labrador, y me he entretenido con este huésped que nos envia el cielo.

La jóven fijó entonces sus tímidas miradas en el desconocido, y no tiene la rosa colores mas bellos ni mas subidos que los que se dibujaron sobre sus mejillas.

Bajó modestamente los ojos, cruzó las manos sobre el pecho é hizo una profunda reverencia.

Después enlazó su brazo al de su padre, y los tres se dirigieron á la cabaña, situada á espaldas de la ermita.

No era fácil que Miguel hubiese visto antes aquella deliciosa vivienda, pues sus paredes estaban todas cubiertas de plantas trepadoras, y á lo lejos solo se descubria un monton de hojas y de flores.

La cena fué abundante y sabrosa, la plática animada, blanda la cama, y muy tranquila la noche.

Al día siguiente, cuando Miguel se levantó, buscó á Eudósia, y la halló en el huerto, llenando una cestita con la fruta mas bella de las árboles.

Interrogóla sobre varias cosas, y obtuvo en cambio respuestas tan cándidas, como prudentes é ilustradas.

—Yo no aspiro á mas, dijo por último Eudósia con encantadora sencillez, que á unirme á un labrador como mi padre, y á pasar mi vida en este valle, haciendo el bien que pueda, y labrando la felicidad de los objetos queridos de mi alma.

Después de almorzar Miguel se despidió de sus huéspedes, y regresó á Moscow.

Al día siguiente los tranquilos ecos del valle iban repitiendo, y transmitiéndose los unos á los otros, el murmullo de muchas voces, y el ruido que producian los corceles de una numerosa y brillante cabalgata que atravesaba sus estrechas sendas.

Llegó la cabalgata al campo en donde el anciano estaba arando, como la víspera, y un caballero magníficamente vestido, que precedía á los demás, le preguntó:

—¿Sois vos el padre de la hermosa Eudósia? El Czar desea veros, y tenemos orden de conducirlos á Moscow.

Imposible es imaginar la confusion y el espanto que sobrecogieron al anciano al oírle hablar así, ni la confusion de Eudósia, al recibir una orden tan estraña.

Sin embargo obedecieron, y algunas horas mas tarde, ambos, trémulos y ruborosos, llegaban á la presencia del Emperador, que los esperaba en el gran salon de ceremonias sentado en el trono, revestido con las insignias reales, y rodeado de toda la corte y grandes dignatarios del imperio.

El padre y la hija soltaron un grito de sorpresa al reconocer á su huésped.

Entonces Miguel bajó del trono, cogió de la mano á Eudósia, y poniendo sobre su frente la imperial diadema, dijo con voz conmovida:

—Hé aquí á mi esposa! He elegido la mas humilde, pero he elegido la mas buena!

En efecto, Eudósia, de tanta virtud como hermosura, se mostró digna de esta eleccion, ayudando á su esposo á llevar el peso del gobierno, y dando el ejemplo de las cualidades mas bellas y estimables.

Dios premió su humildad, no solo concediéndola el cetro mas brillante de la tierra, sino haciendo que su ventura no se eclipsase nunca.

El reinado de Miguel fué próspero, y como bendecido por el cielo, llegando á tal la veneracion que inspiraba á sus vasallos, por su justicia, bondad y prudencia, que de todas partes acudían á verle y bendecirle. En igual estimacion le tenían los Príncipes y Reyes circunvecinos, que solicitaban con sumo afán su alianza, y de este modo alcanzó la gloria mas preciada á que puede aspirar un Monarca: gloria pacífica y eterna, pues sus únicos trofeos eran la paz, la abundancia, la virtud, y el creciente desarrollo de las artes y las ciencias.

Y tanto fué así, que hoy que el nombre de infinitos conquistadores se ha relegado al olvido, siempre pronuncian los rusos con sin igual amor los nombres de Miguel y Eudósia.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

EN EL BUEN RETIRO.

I.

Las violetas perfuman
Con suave aroma el ambiente;
La luz penetra en el bosque,
Serenas corren las fuentes;
El ruiseñor se columpia
Del sáuce en las ramas verdes,
Y el cielo, el aire y las flores
Con puro brillo aparecen.
Encantos de Primavera
La naturaleza envuelven,
Y el poeta ante ese cuadro
De júbilo se estremece
Y canta, canta y sonríe
Con flores, campos y fuentes.

II.

Primavera, bienvenida,
Bendita seas mil veces,
Pues haces que el alma triste
Alborozada despierte.
Tras largos días de luto
Risueña y florida vienes,
Evocando mis memorias
Que son mas tristes que alegres.
Primavera, tú que amante
Mi laud inspiraste siempre,
No estrañes que hoy al pulsarlo,
Con rancos acordes suene;
Que cante solo tristezas
En que mis días se envuelven.

III.

¿Te acuerdas de aquella niña
Hermosa, pura, inocente....
De aquella que era mi vida,
De la que ahora es mi muerte?
¿Te acuerdas de aquellas horas
Que en trovas de amor ardiente
Cantábamos tus primores,
Ella riendo, yo alegre?
¡Era aquí! bajo este sáuce
Que la tibia brisa mueve;
Bajo estas ramas pomposas
Que de nuevo reverdecen,
Donde una bella mañana
Besando su casta frente,
Yo sentí agitarse el alma
Y ella juró amarme siempre.
Era aquí, y aquí estoy solo;
Aquella niña no viene,
Contigo fué Primavera,
Y ora contigo no vuelve....

—
Por eso, estacion florida,
Hoy te saludo doliente,
Por eso en el Buen-Retiro
No canto como otras veces.

A. P. RIOJA.

LA CIENCIA DEL CORAZON.

CONTINUACION.

Convencido por mis palabras el doctor me ofreció que aquel día mismo iría á ver al doctor Fontenay. En efecto, la entrevista se verificó, y confieso que el resultado de ella, que me fué al punto comunicado por el doctor Miranda, lejos de satisfacerme, llegó á aumentar mis confusiones. Hé aquí lo que pasó:

Mr. Fontenay apenas enterado por Miranda de la orden de destierro de que era víctima, manifestó un asombro tan excesivo, tan extraordinario, que mas que interés parecía espanto. Mr. Fontenay habia palidecido, balbuceando algunas disculpas, como si alguien le hubiese atribuido el hecho ó le hubieran acusado de cómplice de alguna mala accion. Sorprendido el doctor Miranda por la espresion de su compañero, buscaba medio de explicárselo, así como yo que ni pude explicarme esto, ni que el doctor Fontenay dejara precipitadamente la casa de salud, sin haber comido, olvido tan original en él, que tenia organizadas sus costumbres á toque de campana.

—Lo veis? me dijo el doctor Miranda: pondria mi cabeza á que la orden de espulsion se enlaza con la historia del núm. 16, y en ambas juega la mano del doctor Fontenay.

—Me admiré, le repliqué que era imposible, aducí cuantas pruebas se me ocurrieron, sin poder arrancar al doctor aquella suposicion nacida del terror del doctor Fontenay.

Mi objeto era probarle que ningun interés podria tener el doctor Fontenay para cometer tan mala accion, que tenia todas las apariencias de una venganza.

Entonces el doctor Miranda me replicó:

—Ignorar la causa de un hecho no altera el hecho en nada.

—Estaria tambien enamorado de la jóven loca?

—No sé, ni quiero saber, me dijo Miranda, si la ama ó no la ama: veo su proceder, y esto me basta.

No eran sin duda los celos los que impulsaban al doctor Fontenay: nada inducia á creerlo. Habitualmente acompañaba al doctor Miranda en sus visitas al núm 16, y ni se enojaba por el mútuo interés que se revelaba en ambos jóvenes, ni tuvo empeño en recobrar la llave del cuarto, de la que desde entonces fui yo único depositario.

Así, pues, los celos nada tenían de verosímiles, porque un hombre celoso no hubiera tenido tal generosidad, y en mi concepto la falta de ella estaba de parte de Mr. Miranda, al atribuir á su compañero tan violenta medida.

Impulsado quizá por su propio dolor, el jóven doctor se aprovechó sin escrúpulo de los días que le quedaban para posesionarse en el ánimo de la jóven, que cada día iba recobrando visiblemente la razon. La amenaza siempre pendiente sobre su cabeza de destruir su piano, si ella se permitia destruir el menor de sus muebles, la contenia de un modo admirable, y los accesos de furor se iban dulcificando poco á poco.

El amor, unido á la gratitud iba dominando su alma, sentimiento que así en él como en ella habia nacido á la efímera luz de un baile, para morir á la primera claridad del día. ¿No debia morir aquel noble amor por la orden de espulsion dictada contra el doctor Miranda?

Seis días corrieron desde aquel en que fué comunicada al doctor Miranda la orden de partida, y ni éste hacia sus preparativos de marcha, ni el doctor Fontenay volvió á hablarle de ella.

No obstante, ocurrían incidentes mudos que no dejaban de tener significacion. A medida que se acercaba el día de partir Mr. Miranda, su compañero se enteraba con marcada solicitud de la mejoría de la jóven demente, que el doctor Miranda pintaba como próxima á su completa curacion. ¿Por qué el doctor Fontenay no se convencía por sí mismo? Parecia tratar con miedo aquella cuestion tan fácil para él.

Esto probaba algo en contra suya, y Mr. Miranda añadia á esto la palidez que advertia en su rostro, siempre que se suscitaba esta conversacion. Hasta los condenados al cadalso no pierden nunca la esperanza de vivir, y Miranda, semejante á ellos, me decia:

—Morel, aun no me han muerto; aun verémos quién puede mas.

Lo que yo no hubiera querido ver, era cómo se compli-

có mi personalidad en estos sucesos colocándome en una alternativa penosa.

La llave del núm. 16 no se separaba de mí desde que me la entregó el doctor Fontenay, cuando una mañana, pocas horas despues de haber entrado el desayuno, eché de menos la llave. Subí á ver si la había dejado puesta, recorri las galerías, las escaleras, el jardín, mi cuarto... nada, la llave no pareció! Era sin embargo preciso encontrarla; ¿cómo hubiera podido entrar al día siguiente el doctor Miranda? Preocupado con esta pérdida, terminaba mis pesquisas para volver á comenzarlas; ¿y cuál no sería mi alegría, cuando al subir á encender por la noche los faroles tropecé con ella en la escalera principal?

Cesaron de repente mis angustias, aunque una nueva inquietud surgió en mi mente. La llave estaba en el tercer escalon. ¿Cómo no la había yo visto, cuando había examinado lo menos diez veces aquella escalera?

Entonces abrigué una sospecha; examiné la llave, y sus guardas me parecieron mas bruñidas; quizá me había dejado olvidada la llave, y alguno se había aprovechado para tomarla y que hiciesen otra.

La pulidez de sus guardas era una prueba, porque nunca se lleva en casa del cerrajero una llave para que haga otra igual, sin que como muestra de cortesía devuelva mas limpio el modelo.

Por desgracia, no tardé en convencerme de mis sospechas, porque en los días sucesivos ví en el cuarto núm. 16 paquetes, maleta y algunos envoltorios: era indudable que se proyectaba un rapto; ¿por quién mas que por Mr. Miranda? ¿Qué otro tenía interés en llevarse consigo á la jóven loca? Mi primer sentimiento fué de indignacion; el segundo, ir á contárselo todo al doctor Fontenay; el tercero contenerme y decirme á mi mismo:

—Esta es una jóven sin familia. La ausencia de todo pariente que la visite, lo prueba. Este es un jóven que la ama, que la ha salvado del mas triste de los padecimientos; que tiene intencion de casarse con ella, y que se la lleva, no hay ningun mal.

Hecha esta reflexion, me quedé tan tranquilo como si nada hubiera sospechado; cuando un día hé aquí lo que sucedió. Mr. Miranda se presentó á la hora de comer en traje de ceremonia, y como entre enfermos todo es objeto de curiosidad, preguntáronle si iba á asistir á una boda, ó á un baile de la córte. Entonces nos dijo, que iba en casa del Cónsul, que le había invitado á un banquete de despedida en el que contaba reunir unos compatriotas.

Todos los rostros se entristecieron, porque el doctor Miranda se había ganado las simpatías de todos, y ademas, la despedida de un extranjero se siente mas, mucho mas que la de un compatriota. Este puede volver, aquel no vuelve; uno nos deja esperanza, el otro no nos deja nada!

En vano quise buscar en el rostro del doctor Miranda el sentimiento que le causaba su partida; no le encontré, y me lo espliqué fácilmente, porque llevándose consigo á la que amaba, ningun sentimiento podía causarle dejar la Francia.

Aquella noche espiraba el plazo de los diez días, y yo me dije:

—Parte esta noche, pero no solo, parte con la que ama;

certidumbre que se arraigó en mí, al observar los síntomas siguientes:

Subí silenciosamente la escalera que conducia al cuarto núm. 16, observé por el agujero de la cerradura, y ví á la que ya no podíamos llamar la jóven loca, porque no había en ella la menor señal de insensatez; la ví, repito, en un traje tan distinto al que con frecuencia usaba, que quedé admirado por completo.

Este traje, sin embargo, parecia demasiado elegante para una fuga, y me pareció mas á propósito para ir á un baile, que para subir á un vapor.

Otras observaciones hubiera podido hacer desde el puesto en que me hallaba, si una mano de hierro que se apoyó en mi hombro no me hubiera arrancado de allí; era el doctor Fontenay!

XVI.

Sin tratar de adivinar los motivos mas ó menos justos que yo tuviera para examinar furtivamente una habitacion que me era tan conocida, Mr. de Fontenay me hizo seña de retirarme, lo que ejecuté, no sin turbacion, como sucede siempre que uno ha cometido una falta. Me siguió con la vista, me dejó alejar, se situó despues en el ángulo de la galería como para asegurarse de que cumplía su mandato; bajando yo la escalera con mas ruido del necesario, á fin de dejarle completamente satisfecho. Diez minutos despues observé desde el jardín, que en el cuarto núm. 16 se había apagado la luz, lo cual aumentó mis confusiones. ¿Se había vestido la loca para meterse en la cama? ¿Se estaba quizá desnudando sin luz?

Los días anteriores había dado fin á multitud de quehaceres, quedando por lo tanto en la noche que nos ocupa enteramente desocupado. Meditando el plan de fuga de los dos amantes, que estaba claro á mi vista, me decidí á revelárselo todo al doctor Fontenay, al que busqué inútilmente por toda la casa. Desde nuestro encuentro á la puerta del núm. 16, el doctor Fontenay había desaparecido; no obstante, el portero no le había visto salir, y solo el de la puertecilla del jardín me dijo que había venido un carruaje de alquiler á buscar á alguien de la casa, pero que ignoraba si habían subido en él una ó mas personas. Desgraciadamente, este portero era de tan estremada discrecion, que era inútil pretender de él la menor revelacion.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.



TEATROS.

Ocasiones hay en que nos vemos verdaderamente comprometidos entre la necesidad de comunicar á nuestras ávidas lectoras noticias de interés y la carencia casi completa de todas ellas. Entonces giramos en nuestro derredor solícitas miradas deseando encontrar algunos pormenores con que trazar la reseña de obligacion, y gracias si podemos salir medianamente airosos del empeño.

Poco más ó ménos, esto nos sucede al presente: faltos de acontecimientos teatrales los dias que van transcurridos desde el principio de la segunda temporada cómica, habremos de rebuscar por fuerza datos con que justificar un poco el nombre de revista, haciendo que ésta, á la par que retrospectiva, se contraiga también á lo futuro.

Una sola obra nueva se ha presentado en escena en el coliseo del PRÍNCIPE, ya anunciada de bastante tiempo atrás. Denominase *El Capellan de las Monjas*, y consta de tres actos en verso.

Vicente Espinel, muy conocido en la república literaria española, es el protagonista de la acción que puede calificarse de sencilla. Sin grandes peripecias ni rasgos de novedad notables, la fábula de esta comedia entretiene agradablemente. Algunas situaciones de efecto escénico, algunos detalles afortunados en los caracteres, algunos trozos de fácil diálogo, hacen digna de aprecio esta producción. Su autor, D. Ildefonso Antonio Bermejo, no debe haber quedado descontento del éxito, pues fué llamado á las tablas al final de los actos segundo y tercero. No nos parece sin embargo de longevidad *El Capellan de las Monjas*.

La ejecución se llevó á efecto con bastante cuidado y esmero, siendo el señor Valero quien más en ella se distinguió.

Prepárase en el PRÍNCIPE una función que, si bien bastante conocida en las obras que la compondrán, no dejará por eso de atraer crecida concurrencia. Aludimos al beneficio de D. Florencio Romea. En él se representarán la aplaudida comedia del señor Eguílaz, *Los soldados de plomo*, que obtiene tan feliz desempeño, y el precioso sainete *La comedia de Maravillas*, en cuya ejecución tomarán parte los primeros actores, si no estamos mal informados.

De VARIEDADES y del Circo poco debemos ni podemos hablar. Decir que el primero ha cerrado sus puertas porque no continúa actuando la empresa en esta segunda parte del año cómico, es cuanto nos es posible manifestar. Ignoramos cuál será el rumbo de la señorita Civili y del señor Delgado. En cuanto al segundo, tampoco podremos ser mas extensos, porque continúa atrayendo la concurrencia con la repetición de un drama ya conocido de nuestras lectoras, á saber, *Herir en la sombra*, original de los señores Hurtado y Nuñez de Arce. No sabemos cuándo dejará de representarse, ni qué obra nueva le seguirá. Creemos que lo primero tardará en realizarse.

El TEATRO REAL que ha tenido este año la prerogativa de ocupar la atención pública, aún en ocasiones en que debía estar embargada por causas muy distintas, da en la actualidad pábulo á conversaciones acaloradas y reñidas controversias.

No es causa de ello la bondad ó infelicidad de cantantes y de óperas; no lo promueve la salida de otro jóven tenor español, el señor Azula, ni la ejecución brillante del señor Tamberlick y de la señora Rey Balla en *L' Africana*; motiva la querella la circunstancia de haber solicitado la empresa del afortunado coliseo un mes de próroga á las funciones de la temporada; á lo cual se han opuesto, alegando perjuicios, las empresas del teatro de Rossini y de la ZARZUELA.

Sometida la cuestión á la resolución superior del Gobierno, no nos toca más que consignar el hecho y esperar el resultado.

Es el caso que, según dicen varios periódicos, el coliseo de los CAMPOS ELISEOS está destinado á labrar buena fortuna en la venidera temporada de verano, porque cuenta con ofrecer al público óperas de mérito y novedad, y artistas que no den ocasion á manifestaciones de descontento. Celebraremos que se realicen tan halagüeños pronósticos, y que los nombres que se citan no sean solamente hijos del buen deseo de los aficionados.

Pero no quedan circunscritas al teatro de Rossini las esperanzas musicales cuya realización se aguarda.

También el Circo del PRÍNCIPE ALFONSO, ya ennoblecido por los conciertos que en él dirigió Mr. Arban, va á resonar ahora con los atronadores ecos de una grande orquesta y de una rica masa coral, bajo la inteligente dirección del compositor Barbieri.

Pocos pero buenos conciertos deben verificarse en el recinto de que hablamos. El primero de ellos se realizará el domingo inmediato, á las dos de la tarde, si no ocurriere retraso, ó hubiere error en nuestros informes. No faltaremos, Dios mediante, porque suponemos con razon que solemnidades musicales de este género se contarán en escaso número en los fastos de la villa.

Dicho ya cuanto hemos podido rebuscar por la presente revista, dámosla por terminada.

DIEGO DE RIVERA.



LABORES.

La costumbre de suspender á los lados de un tocador, á los de una chimenea, cerca de la mesa de despacho del jefe de la familia, ó á la cabecera del lecho, esos lindísimos bolsitos de diferentes formas y clases, á que nuestros vecinos dan el nombre de *Vide-poche*, y están destinados á recibir los papeles, alhajas, y otras mil bagatelas que llevamos en los bolsillos, va generalizándose mas cada día, y apenas hay casa adornada con mediano gusto en que no se encuentre este importante detalle. A esta necesidad acudimos en el presente número, dando á nuestras suscriptoras un modelo lindísimo de *Vide-poche*, el que ejecutarán del modo siguiente.

Trázase en cañamazo fino el dibujo adjunto, y con seda lisa de color de violeta se cubre el fondo á punto de biés sin cruzar, en esta forma: un punto al biés sobre dos hilos del cañamazo, otro al mismo biés sobre cuatro hilos, tomando uno mas alto y otro mas bajo que en el anterior, y otro punto como el primero. Estos tres darán por resultado un cuadro de pasado, y de ellos se cubre todo el fondo, menos la cenefa, que se ejecuta á punto comun con seda negra, dando despues con la misma seda negra una puntada entre cada cuadro del fondo, con lo que resultarán separados por un perfil. Para completar el fondo falta solo bordar con seda maiz una hilera de puntos cruzados á los bordes

de la cenefa negra. Adornan y enriquecen este sencillo bordado aplicaciones de terciopelo, y para ellas se recorta el estrellon del centro en terciopelo negro, y los dos medios de los extremos en igual tela, fijándolos en sus respectivos sitios con un poco de goma muy espesa, y cosiéndolos todo alrededor con cordoncillo de oro: unas mostacillas, de oro tambien, sujetan encima estos sobrepuestos, fijándose del mismo terciopelo las hojitas de la guirnalda, y bordándose con puntos de felpilla negra las estrellas pequeñitas (un punto para cada rayo), con otra mostacilla de oro en el centro.

Para armar esta caprichosa labor se corta un carton flexible de la misma forma, al que se fija la parte bordada, uniendo el carton por los costados á otro mas corto y ancho, para que el de adelante resulte convexo, ó arqueado: el fondo, de carton tambien, y la parte de atrás se forran de lana color de malva, poniendo toda la parte interior de raso blanco. Completa este lindo objeto, del que deberá hacerse par, un cordón violeta y oro en todos los bordes, subiéndolo el mismo á formar la gran presilla que, rematando en lazo y borlas en el centro, sirve para suspender de la pared este delicado y útil objeto.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del *Figurin*, núm. 810.

TRAJES DE CALLE.

FIG. 1.^a *Vestido* de cachemir blanco con paletot igual, adornado todo el traje con cintas y botenes de seda negra. El paletot lleva por complemento una pequeña capucha con borla negra.

Sombrero imperio de glasé blanco, con fondo bullonado, y cubierto de tul: cintas cereza orillan el ala y el fondo, atravesando éste por su mitad otra cinta de igual color. Trenza de la misma cinta forma diadema, y vuelve sobre el ala á rematar sobre el fondo con dos cintas flotantes, completando el sombrero otro bandó cereza, que descansa entre el peinado por delante, y las bridas blancas.

FIG. 2.^a *Vestido* de seda, gris perla, adornado de pasamanería de igual color.

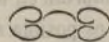
Falda de sotana, esto es, nesgada toda y sin vuelo por delante: un agreman de pasamanería forma cenefa de al-

menas, mas alta por delante que por detrás, completándola un fleco de bellotas en todos los sectores inferiores.

Cuerpo alto, liso con talle redondo, y cinturón con broches: manga justa, con adorno semejante al de la falda en el bajo y en el hombro.

Sombrero de crespon blanco, con fondo rizado de crespon azul. Un grupo de plumas blancas, sujeto á la izquierda con un camafeo, cruza sobre el ala que, ondulada del borde, lleva una margarita bajo cada onda, sujetas al bandó de crespon azul. Bidas de grós blanco.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado: el Director

y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.